

Cécile Van de Velde, Profesor de conferencias de la Universidad de Lille3. Membre du GRACC (Université de Lille3). Miembro del Laboratorio de Sociología Cuantitativa (CREST-INSEE). Investigador asociado al Centre Maurice Halbwachs (ENS/EHESS), París

La entrada en la vida adulta. Una comparación europea

El objetivo de este artículo es el de demostrar la existencia de distintos modelos sociales entre la juventud de la Europa contemporánea. Se basa en un análisis comparativo de las trayectorias familiares y profesionales de los jóvenes adultos en Dinamarca, el Reino Unido, Francia y España. Muestra que la definición de «joven adulto» varía enormemente de una sociedad a otra y que se trata de un concepto social y cultural que se remite a arreglos sociales definidos. El análisis se basa en la complementariedad de datos estadísticos y cualitativos surgidos, por un lado, del uso longitudinal de los seis grupos del Panel Europeo de Hogares (1994-1999) y, por otro lado, de más de cien entrevistas realizadas a individuos jóvenes con edades comprendidas entre 18 y 30 años en los cuatro países citados

Las fronteras entre la infancia, la juventud y la edad adulta varían enormemente de una sociedad a otra. Revelan las imágenes culturales y políticas de los atributos vinculados a las distintas etapas de la vida. Este artículo se propone analizar algunas de las concepciones sociales de la juventud en el seno de nuestras sociedades contemporáneas en un marco europeo. Se basa en el análisis comparativo de los procesos de autonomización de jóvenes daneses, británicos, franceses y españoles: se han llevado a cabo más de 135 entrevistas exhaustivas entre individuos con edades comprendidas entre los 18 y los 30 años en estos países (1) y se han completado con el empleo de seis grupos del Panel Europeo de Hogares (1994-1999), que es un estudio transfronterizo coordinado por Eurostat en las sociedades de la Europa occidental.

De este modo, se ha trazado un mapa europeo de las formas de paso a la edad adulta, estando vinculada cada una de ellas a factores sociales definidos. Más que el sexo y el medio social, durante este periodo de la trayectoria vital es la dimensión social lo que se revela como elemento más estructurador. Si se plantea desde un punto de vista comparativo, “el alargamiento de la juventud” está lejos de reunir transversalmente los mismos rasgos de una sociedad a otra. Este artículo sigue esta estructuración desarrollando de manera sucesiva cuatro modelos sociales de definición de la etapa de la juventud y de la edad adulta, así como los caminos que se considera que las unen.

(1)
Estudio realizado en Madrid, Pamplona, París, Valenciennes, Londres, Brighton, Copenhague, Alborg, entre individuos muestreados en función del género, de su categoría y del medio social. La guía las entrevistas, común a todos, versaba sobre las relaciones familiares, la relación con los estudios y sobre las definiciones asociadas a la edad adulta.

I. «Encontrarse» o la lógica del desarrollo personal

Para comenzar, una primera manera de experimentar la juventud se inscribe en una lógica de desarrollo personal y adopta la forma de un largo tiempo de exploración que conduce a una independencia continua frente a los padres cuyo significado profundo es el de «encontrarse» antes de las responsabilidades adultas. Designa trayectorias de juventud que se inician

con una independencia precoz y se prolongan mediante una larga fase de alternancia entre distintas categorías residenciales, familiares y profesionales. Este vaivén se vive en el modo de experimentar y formar la identidad. La juventud se contempla así como un largo camino exploratorio y se clausura de forma relativamente tardía, en torno a los 30 años, mediante el umbral del primer hijo, considerado como el paso de la responsabilidad propia hacia la responsabilidad por los demás.

Esta lógica de desarrollo persona corresponde ante todo a una tendencia generacional: hoy día los jóvenes europeos se inscriben en el ciclo de la vida principalmente con referencia a “ser uno mismo”. La mayoría de los jóvenes adultos entrevistados, concretamente los procedentes de familias acomodadas, revelan en sus discursos ciertos elementos confusos de este tipo de experiencia, en especial una firme aspiración a “encontrarse” y una imagen del adulto en términos identificativos más que legales.

Sin embargo, más allá de esta relativa transversalidad generacional, son los jóvenes daneses, más que los británicos, franceses o españoles los que se revelan no sólo más proclives a formalizar de manera terminante esta aspiración a la “búsqueda del yo”, sino también a emprender las largas trayectorias de independencia y experimentación que se desprenden de ella y que son, de este modo, relativamente homogéneas en función del género y del medio social de procedencia.

1. Trayectorias de experimentación

Más que en los otros tres países analizados, la fase de juventud en Dinamarca adopta la forma de un largo camino, rara vez recto, entre viajes, empleos y estudios financiados por el Estado. Esta fase se inscribe en la continuidad de una autonomía adolescente ya reconocida en el seno de la familia. Parece que los jóvenes daneses se caracterizan por experimentar una salida que no solamente es más precoz, sino también fácil y natural, que en el caso del resto de los grupos nacionales, sociales o de géneros abarcados por el estudio. Se considera que sólo el enfrentamiento a una socialización familiar es capaz de favorecer la identidad individual: quedarse en casa de los padres se asocia a una «pérdida de tiempo», a un «aislamiento» nefasto, incluso «peligroso» que impide «hacerse adulto» y frena la creación de una «vida propia».

Después de la salida, se abre así un periodo prolongado de experimentación el cual se considera que puede durar hasta aproximadamente los 30 años. En él se afirma la voluntad de enfrentarse a multitud de experiencias con el fin de «realizarse» y «de estar listo» para ejercer las responsabilidades profesionales o familiares: se trata de «hacer el ego-trip» antes de fundar una familia y de incorporarse a la vida adulta. De este modo, domina una relación con el tiempo marcada por la no urgencia y la experimentación. La retórica de la no urgencia se encuentra así presente en los discursos de los jóvenes daneses y se opone de este modo, por ejemplo, a la “angustia del retraso” a la cual son más propensos los jóvenes franceses de edad y condición similares y revelan una ausencia relativa de presión sobre el momento de incorporación efectiva en la vida activa. El horizonte parece lejano y los plazos relativamente largos. Muchos declaran tener poca o ninguna prisa por

terminar sus estudios decididos como están por aprovechar este tiempo compartimentado y legítimo, tal como refleja esta estudiante de 24 años que, refiriéndose a la trayectoria de sus amigos, prevé trabajar «*dentro de mucho tiempo*» o esta otra estudiante que tiene «*un poco de miedo*» de terminar sus estudios a la edad de «*sólo*» 25 años.

Esta lógica de tiempo flexible encuentra su finalidad en las trayectorias discontinuas en las que alternan viajes, estudios, suspensión de los estudios, empleos, reinicio de los estudios. Los jóvenes daneses se inscriben entonces de una forma privilegiada en trayectorias de experimentación caracterizadas por idas y venidas entre vida en solitario y unión libre, así como por idas y venidas entre categorías de estudiante y trabajador asalariado hasta un final de los estudios potencialmente tardío. Como etapa de inversión legal y salarial, este prolongado periodo de “joven adulto” se considera ante todo como un tiempo legítimo e institucionalizado de encaminamiento personal. Integrarse tardíamente en un nuevo ciclo completo de estudios, incluso después de haber terminado uno y haberse incorporado a la vida activa, es un comportamiento que revela esta lógica de experimentación. Uno de los numerosos ejemplos es la trayectoria del hijo de un contraamaestre que percibe una ayuda familiar. Tras un año en Inglaterra, prosiguió los estudios de enfermero durante los cuales vivió en una casa con otros cinco o seis estudiantes. En la actualidad es enfermero titulado, vive solo y trabaja desde hace dos años en una guardería infantil. Sin embargo, ya no le gusta cuidar de los enfermos y quiere cambiar de vida. A los 27 años va a comenzar, dentro de unos meses, a estudiar ciencias musicales al tiempo que sigue trabajando.

Más que cualquier otro umbral –como la salida del hogar, el trabajo o el final de los estudios– es la llegada del primer hijo lo que se considera el término relativo de este periodo de encaminamiento legítimo. Sin embargo, este “umbral” del primer hijo no rompe en cambio el proceso de formación de la identidad: en esencia, esta exigencia de autorrealización induce por sí misma una cierta duración y rechaza la idea de umbrales de clausura. La edad adulta, mayoritariamente asociada a la madurez, es una línea del horizonte subjetiva, una edad en la cual se penetra «*furtivamente*». Esta imagen confirma, siempre dentro de un contexto, el desarrollo de tendencias que propone Jean-Pierre Boutinet de la imagen de un adulto como proceso y como «*perspectiva*». (2)

2. Un logro democrático

Más que una simple respuesta a un cierto nivel de seguridad económica, esta lógica constituye un “logro democrático” en cierto modo. Los efectos del Estado providencia sobre el ciclo de vida es primordial en este caso en tanto que la política de financiación de los jóvenes adultos estudiantes o parados institucionaliza la existencia de una juventud larga y de carácter exploratorio: una asignación directa y universal garantiza la supervivencia económica del joven adulto con independencia de los recursos paternos; su flexibilidad temporal permite la prolongación material o incluso la reincorporación tardía a los estudios. Esta política tiene lugar en el seno de una sociedad estructurada en torno a una extensa clase media que separa la elección de los estudios y la inversión en los estudios de un simple objetivo de

(2)
Jean-Pierre Boutinet (1998),
L'immatrité de la vie adulte,
Paris, PUF, p.27.

rentabilidad profesional o económica. Sin embargo, no impide ni mucho menos la incorporación precoz y masiva de los estudiantes y de los jóvenes adultos al mercado laboral.

Así, si ello es posible por una política estatal desfamiliarizante, la existencia de este tipo de juventud responde en última instancia a raíces culturales más profundas. Estos itinerarios encuentran sus bases en una socialización precoz de la autonomía en el seno de la familia, en la cual independencia e igualdad parecen constituir valores pedagógicos relativamente anclados. La propia política estatal se ha puesto en marcha para contrarrestar el trabajo remunerado de los estudiantes y los por tanto de los comportamientos de independencia de los jóvenes adultos que existían previamente. Así, es en este enmarañamiento de valores culturales que aprecian la autonomía individual y de condiciones políticas y económicas que la hacen materialmente posible como se explica la existencia en Dinamarca de trayectorias de juventud regidas por una lógica de desarrollo personal.

Esta configuración social no es propia de Dinamarca, sino que se encuentra en formas quizá incluso más marcadas en los países escandinavos. Por tanto, se puede formular la hipótesis de que este tipo de sociedades favorece de igual modo la existencia de trayectorias de juventud largas y exploratorias antes de que se ejerzan las responsabilidades de los adultos.

II. «Asumirse» o la lógica de emancipación individual

Una segunda forma de experiencia de la juventud se enmarca en una lógica de emancipación individual y tiene como significación profunda «*asumirse*». Se caracteriza por una precocidad generalizada de las transiciones profesionales y familiares y adopta la figura de un joven adulto movido por la voluntad de romper todo vínculo de dependencia que lo ligue a los demás: a sus padres o al Estado. Se considera que esta ruptura sirve de base al adulto. La juventud está pensada como un corto periodo transitorio que conduce a la independencia financiera, punto de partida hacia una edad adulta precoz y con connotaciones positivas. Esta lógica de “autoconstitución en la emancipación” se asocia a trayectorias cortas en las cuales los estudios forman una experiencia totalizadora, clausurada por un acceso rápido al empleo, que es el vector de la independencia financiera.

Ahora bien, más que a cualquier otro grupo social, los análisis cualitativos y las estadísticas asocian esta lógica a los jóvenes británicos, especialmente los procedentes de las clases acomodadas: sus trayectorias –cortas, dirigidas al acceso rápido al estado marital y con un salario– parecen las más inclinadas a revelar una lógica de emancipación, incluso si no se les puede encerrar totalmente en ella.

1. La precocidad de una situación

En efecto, en el Reino Unido, la independización residencial es igualmente muy precoz, pero a diferencia de Dinamarca no está garantizada económicamente por un Estado desfamiliarizante y depende sobre todo de la responsabilidad individual. Incluso si no señala el fin del apoyo financiero de los padres, la salida del hogar constituye una ruptura simbólica real en las trayectorias y en las relaciones intergeneracionales. La norma social invita al

individuo a convertirse en adulto; es decir, un ser responsable que subviene a sus propias necesidades. El hogar paterno se asocia a la infancia; por tanto, la salida de él, eminentemente simbólica, se convierte en el acto fundador del adulto. Durante los estudios, se prefieren el endeudamiento y la actividad profesional a la solidaridad de los padres: la dependencia financiera, aún parcial, pone trabas a la sensación de ser un adulto. De ello se desprenden estudios de duración corta y una integración rápida en el mercado laboral. El acceso a la categoría de padres y al matrimonio es igualmente precoz.

Ahora bien, los jóvenes británicos son especialmente proclives a definirse como “adultos” –con respecto a la categoría residencial y profesional– e igualmente se distinguen por la imagen relativamente positiva que dijeron tener de esta etapa de la vida al asociarla a un *«punto de partida»* de trayectorias ascendentes. Lejos de la “no urgencia” que distinguía las experiencias como jóvenes de numerosos daneses, los testimonios de los ingleses denotan, al contrario, una forma de precipitación hacia el acceso a la categoría de adulto y hacia las responsabilidades profesionales y familiares que se supone que la acompañan. Muchos confiesan sentirse *«deseosos»*, *«impacientes»* e *«intrigados»* por entrar en esta vida adulta que se equipara a la *«auténtica vida»* y al punto real de partida de un camino del que se desea que sea profundamente individual. Si los daneses expresaban una clara tendencia a definirse como «jóvenes adultos» hasta los treinta años, los ingleses se definen mayoritariamente como «adultos» a partir de los 20 ó 22 años, edad que corresponde más o menos, según cada caso, al final de los estudios y a su integración profesional definitiva. Más que a un proceso largo e indefinido de maduración, se asocia al paso de los umbrales de independencia: la identidad adulta se considera directamente derivada de una categoría social y familiar. La edad adulta parece así indisolublemente ligada a la noción de independencia individual y es efectivamente con referencia a su situación residencial y financiera como los jóvenes británicos encuestados se consideran “adultos” en el seno de su ciclo de vida.

2. La exigencia liberal

El análisis de las trayectorias de los jóvenes británicos ha permitido mostrar que este tipo de juventud estaba sólidamente ligada a la conjunción de una sociedad liberal y de un modelo familiar de tendencia individualista.

El individualismo del Reino Unido se distingue por su composición jerárquica en donde el sentido profundo de las trayectorias de autonomía es la emancipación. La edad adulta constituye una perspectiva positiva, incluso un ideal. Se invita al joven adulto a trazar su camino de manera individual en el seno de una sociedad que valora el éxito profesional como un mérito. Las trayectorias de juventud se enmarcan en un contexto cultural que desvaloriza la dependencia financiera de los padres a partir de la salida de la adolescencia y dicta comportamientos de búsqueda de un empleo remunerado más que de solicitud de la ayuda familiar y esto incluso durante los estudios. El individualismo reinante en las familias británicas analizadas se distingue de la tendencia democrática percibida entre las familias danesas entrevistadas: la igualdad en el seno de la familia no se adquiere, se merece, en especial por la demostración de las capacidades individuales de independencia.

La intervención estatal, de inspiración liberal, consagra el principio de responsabilización individual. A falta de subsidios directos, una política de préstamos incita a la autofinanciación. A pesar de ello, el elevado precio de los estudios hace necesario en la mayoría de los casos el apoyo familiar, lo que limita de hecho el acceso a la universidad a las clases medias y acomodadas. La evolución actual es la de un alza de los gastos de la educación. Seguir unos estudios largos se convierte en un juicio entre el coste marginal de un año más y su rentabilidad en el mercado laboral en el marco de una tasa de desempleo baja. Así, más allá de una invitación normativa a “ser adulto”, la exigencia liberal condiciona de igual modo en gran medida la precocidad de las trayectorias británicas.

3. «Situarse» o la lógica de integración social

Una tercera forma de experimentar la juventud se enmarca en una lógica de integración social y tiene como significado *«situarse»*. Se caracteriza por una dedicación masiva a los estudios justificada por la apuesta de un empleo definitivo. La etapa de la juventud, asociada a la de los estudios, está pensada como una inversión en la vida que determina de forma casi definitiva el futuro nicho social del individuo y, por tanto, legitima la aceptación de una dependencia familiar transitoria. La juventud se caracteriza por itinerarios de estudios relativamente cortos, pero lineales, al cabo de los cuales se impone la necesidad a menudo insatisfecha de una pronta instalación matrimonial y profesional. La relación con el tiempo se enmarca en una lógica de urgencia en la que las opciones parecen definitivas e irreversibles y el futuro fijado en el camino profesional emprendido. El acceso a la estabilidad profesional constituye el principal umbral simbólico de entrada en la vida adulta.

Los jóvenes franceses parecen los más próximos a esta lógica, pero de manera relativamente ambigua, divididos entre una aspiración al desarrollo personal y las limitaciones de una estructura social que condiciona fuertemente el posible empleo en la formación inicial.

1. La edad de lo definitivo

En Francia reina la semidependencia. Entre una salida relativamente precoz y una estabilidad profesional efectiva más tardía se encuentran multitud de situaciones intermedias caracterizadas por su ambigüedad: cohabitación sin la autorización paterna, alojamiento estudiantil pagado por los padres, autonomía oficial y financiera efectiva... las trayectorias progresivas asocian prácticas de solidaridad familiar a una ética de la autonomía. El ejercicio de una solidaridad paterna efectiva, pese a un nombre de independencia precoz, responde a la apuesta social de este periodo considerado una inversión en la vida. En esta sociedad caracterizada por la importancia de pertenecer a un grupo profesional en la definición social e individual y por un acoplamiento entre esta categoría y el título obtenido al final de los estudios, la fase de la juventud está considerada como aquella en la que se *«construye la vida»* y está dominada por la presión para *«integrarse»* socialmente, *«entrar en la rueda»* y ocupar rápidamente una posición en el seno de una jerarquía preestablecida. La problemática de un “definitivo” condicionado por el nivel y el campo de los estudios iniciales constituye de

manera efectiva una clave de comprensión fundamental de las trayectorias de incorporación a la vida activa que hace de la cuestión de “la orientación” una apuesta mayor de las trayectorias e induce a una relación con el tiempo marcada por la presión por avanzar y por la falta del derecho al error que se percibe. La urgencia de la integración y la ausencia de rentabilidad que se asocia a los estudios contribuyen a trayectorias académicas continuas e iniciadas de forma precoz. Existe una compartimentación marcada entre el periodo de los estudios y la incorporación al trabajo.

La edad adulta está representada como la edad de la estabilidad definitiva con una connotación negativa inicial, pero buscada a medida que crece la presión de la edad. Las imágenes asociadas a la edad adulta por los jóvenes franceses reflejan la relativa ambigüedad con la que fijan sus posiciones en el seno de trayectorias de colocación. En efecto, se yuxtaponen dos definiciones contradictorias que dejan entrever una tensión potencial entre las aspiraciones individuales y el peso de una determinación precoz. Más allá de una imagen generalizada en términos de identidad y de desarrollo personal –«*ser maduro*», «*ser responsable*», «*sentirse autónomo*»–, la connotación negativa que una parte de ellos ha asociado a la edad adulta equiparándola a la «*rutina*», a lo «*fijado*», a una «*línea triste y recta*» o a un «*camino totalmente trazado*» no ha encontrado un equivalente real entre el resto de jóvenes europeos. La edad adulta parece entonces codificada como la edad de algo definitivo e impuesto. Estas imágenes reflejan la existencia de un tira y afloja entre una limitación a la determinación social precoz y una aspiración al desarrollo personal al cual además tienden a referirse.

2. La presión corporativa

Como reflejo de la experiencia de los jóvenes franceses, este tipo de juventud se ha asociado de forma privilegiada a una estructura social de tipo corporativista.

Esta experiencia de la juventud se enmarca en un modelo social que hace de la pertenencia a un grupo profesional uno de los principales criterios definitorios del individuo, pero de forma paralela limita el acceso al mismo mediante el título. Nos encontramos aquí uno de los componentes de un corporativismo que invade el conjunto de la sociedad francesa, firmemente estructurada en torno a una jerarquía de categorías socio-profesionales compartimentadas. La concesión de los derechos sociales parece bien segmentada y vinculada a la pertenencia profesional, que en Francia se aproxima a un Estado providencia de tipo “corporativista” tal como lo ha definido Gosta Esping-Andersen. (3) El sistema educativo y el mercado laboral refuerzan esta división mediante una sectorización pronunciada de las distintas canteras de estudios y trabajo, así como por una extrema valoración del título inicial a lo largo de la vida.

Además, la intervención estatal frente a los jóvenes adultos “dependientes” consagra el principio de que los padres se hagan cargo de la etapa de estudios y de la integración profesional, pero se combina con algunos rasgos defamiliarizadores que legitiman, por ejemplo, un derecho parcial a la independencia residencial para los estudiantes y los jóvenes en paro por medio de una política de ayudas a la vivienda. Esto refleja una división

(3)
Gosta Esping-Andersen (1999),
*Les trois mondes de l'Etat-
providence. Essai sur le
capitalisme moderne*, Paris,
PUF.

especialmente perceptible en el seno de la juventud francesa entre una aspiración a la independencia y la adaptación a un mantenimiento provisional bajo el amparo paterno, al menos de tipo económico. Pese a que procedan de una sociedad de corte católico, los jóvenes franceses adoptan comportamientos de independencia y valores familiares más próximos a los que se encuentran en los países protestantes.

En la medida en que el corporativismo es especialmente estructurador, aunque venga acompañado de un vínculo rígido de formación-empleo y de un sistema educativo de carácter elitista, se puede suponer que la sociedad francesa es la que ofrece el marco más susceptible de generar este tipo de experiencias incluso si se puede dar de forma más atenuada y parcial en otras sociedades corporativistas.

IV. «Instalarse» o la lógica de pertenencia familiar

Por último, un cuarto tipo de juventud se enmarca en una lógica de pertenencia familiar y adopta la forma de trayectorias de permanencia en el hogar familiar mientras no se reúnan las condiciones para establecerse como adultos. La significación profunda asociada a esta trayectoria se podría resumir aquí bajo la expresión «*instalarse*». La etapa de la juventud se considera como una fase de espera y de preparación de las condiciones económicas y familiares necesarias para esta instalación futura. La salida del hogar paterno constituye una ruptura simbólica de gran calado en las trayectorias de los jóvenes adultos en tanto que clausura un periodo de autonomización en el seno de la familia de origen y fundamenta la entrada en la vida como adulto. Salir de casa de los padres constituye la última etapa de un proceso en tres actos: tener un empleo estable, casarse y comprar un piso. Se considera que la cohabitación familiar se mantiene mientras no se cumplan estas tres condiciones y abandonar el hogar paterno fuera de este marco se parece a una forma de “traición afectiva”. La integración en vínculos de interdependencia financiera y residencial materializa la integración en el seno del grupo y la salida del hogar rompe su equilibrio, aunque éste se prolongue por una renovación continua de la pertenencia familiar.

En cierta medida se pueden asociar a esta cuarta lógica los discursos de los jóvenes españoles entrevistados en este estudio. La retórica a la que recurren para justificar su prolongada permanencia en el hogar paterno tiene la impronta de una lógica de pertenencia y revela la existencia de imágenes de un hogar federador. Sin embargo, estas normas parecen sobre todo reivindicadas –incluso impuestas– por la generación de los padres y su mantenimiento en el hogar se deriva de igual modo de un cierto pragmatismo económico.

1. Una instalación tardía

En efecto, en España la salida del hogar familiar es más tardía y clausura trayectorias de juventud totalmente vividas bajo el techo paterno; se basa en la legitimidad de una permanencia en el domicilio familiar en tanto que no se reúnan las condiciones financieras para una instalación como adultos y en tanto que no se sellen los vínculos de la pareja que induzcan a la creación de un nuevo hogar. La cohabitación de los jóvenes adultos y sus padres a

menudo se califica como de «*hotel de lujo*» por los varones jóvenes. La entrega de una aportación financiera se observa con mayor frecuencia en las familias de pocos recursos, mientras que en otros medios los padres animan a sus hijos a que ahorren para preparar su futura instalación. Esta ausencia relativa de participación económica no plantea sentimientos de culpa sino en raras ocasiones, ya que se integra en una lógica de aseguramiento y de reciprocidad a largo plazo: se considera que el sentido de la solidaridad intergeneracional da un giro completo más tarde. Por ello, la cohabitación se considera una forma de inversión colectiva en la instalación del “niño” en tanto que le permite ahorrar con vistas a una futura inversión inmobiliaria. El precio de este «*hotel*» parece estar en otro lugar, especialmente en el respeto a los valores paternos que inducen la cohabitación.

Como punto culminante de un itinerario de juventud guiado desde el domicilio paterno, la salida tiende a verse así como el «*gran salto*» a la vida adulta. Mayoritariamente asociadas a la idea de estabilidad económica y a las responsabilidades familiares, las imágenes que desarrollan los jóvenes españoles sobre la edad adulta están dominadas por esta lógica de la instalación. Ciertamente, como en el caso del resto de los europeos entrevistados, la evocación de un proceso profundamente identificativo ha dominado en gran medida las definiciones expresadas sobre lo que es “hacerse un adulto”. Sin embargo, hemos de subrayar que pocos jóvenes españoles se refieren a esta formación de la identidad para situarse en el ciclo de vida: es más bien en vista de la no consecución de una estabilidad económica y familiar, que se supone que marca la entrada definitiva en esta edad, por lo que se definen como “no adultos”. La juventud se contempla mayoritariamente como la larga etapa de preparación y espera de un establecimiento como adulto.

2. Una norma familiarista

El análisis de la experiencia de la juventud por parte de los españoles ha mostrado que este tipo de trayectoria conduce directamente a la conjunción de una norma familiarista y una tasa elevada de paro juvenil.

Esta forma de experiencia se enmarca sobre todo en una sociedad que no ofrece un papel social a su juventud antes de una edad relativamente elevada y que mantiene a los individuos durante mucho tiempo en una situación de espera. Más allá de una simple respuesta a una norma de instalación, las trayectorias de permanencia en el hogar paterno se revelan también fuertemente condicionadas por las limitaciones económicas y por la imposibilidad material de poder “ofrecerse” una salida ya instalados. Teniendo en cuenta una tasa de paro juvenil especialmente elevada y un mercado de los alquileres saturado y orientado a la compra más que al arrendamiento, la ausencia de ayudas públicas a favor de la independencia obliga a los individuos a que prolonguen su fase de juventud mientras que no se reúnan las condiciones de una estabilidad como adulto.

Sin embargo, es el lugar fundamental que ocupa “la pertenencia” al grupo familiar en la propia definición lo que permite comprender las trayectorias de permanencia en el hogar paterno de los jóvenes adultos. Más que por su independencia, el individuo se define sobre todo por su situación en los

vínculos de interdependencia material y afectiva que se renuevan sin cesar. El hogar constituye el espacio privilegiado de concreción de estos vínculos y abandonarlo sin fundar uno nuevo constituye una “traición” afectiva. En este sentido, las trayectorias de autonomía de los jóvenes adultos consisten antes que nada en formar su individualidad en el seno de esta pertenencia familiar mediante la introducción progresiva de una reciprocidad hacia los padres y la preparación de su propia instalación. En consecuencia, a edades y en categorías sociales equivalentes, los españoles son mucho más proclives a prolongar la cohabitación familiar que los jóvenes procedentes de los otros tres países estudiados.

Vistos los numerosos indicadores familiares y sociales, España se integra en el grupo más amplio compuesto por los países mediterráneos, cuyo extremo está representado por Italia. Por tanto, se puede suponer que los países del sur de Europa, que presentan condiciones socioeconómicas similares -Estados providencia de tipo familiarista y mercados laborales con estructuras desfavorables a los jóvenes-, son también ellos mismos los que inducen esta forma de experimentar la juventud.

Conclusión

Vista una sociedad, ¿a partir de qué momento se es adulto? ¿Dónde se sitúa la frontera legítima entre el niño y el padre, entre el individuo dependiente y el ciudadano integrado? Este artículo ha mostrado que la edad sigue constituyendo una idea política y social y que existe una huella profunda de las sociedades sobre esta etapa de la vida. Según los modos de intervención estatal, los sistemas educativos y los tipos de mercado laboral que se establecen, cada sociedad tiende a institucionalizar distintas formas de paso a la edad adulta y a generar experiencias e imágenes específicas de esta trayectoria vital. Sin embargo, la comparación invita a no descuidar el papel de los valores culturales y de las herencias religiosas en las divergencias observadas entre los jóvenes europeos. La multitud de trayectorias de juventud no se puede considerar como una simple consecuencia de las características institucionales del sistema educativo, del mercado laboral y del Estado providencia. Lejos de reducirse a factores de tipo económico, las trayectorias y las imágenes de los jóvenes adultos responden de igual modo a raíces culturales y religiosas más profundas. En este punto, el mapa de Europa es chocante: la precocidad de la salida y de la unión en pareja opone totalmente a los países protestantes y a los católicos, incluida Irlanda. (4) Las herencias protestantes y católicas marcan de igual modo con su impronta los comportamientos, especialmente familiares, de los jóvenes adultos. Así, a la hora de internacionalizar los sistemas educativos y los mercados laborales, cuando se plantea la cuestión de la convergencia potencial de las formas de paso a la edad adulta en Europa, esta comparación invita a pensar que la multiplicidad de destinos en esta “generación europea” resistiría -al menos parcialmente- a la armonización de las políticas educativas y a la globalización económica.

(4)
Cécile Van de Velde (2004),
*Devenir adulte. Sociologie
comparée de la jeunesse en
Europe*, Thèse de Doctorat,
Institut d'Etudes Politiques de
Paris.

BIBLIOGRAFÍA

Brannen J., Lewis S., Nilsen A., Smithson J (2001), *Young Europeans, Work and Family*, Londres, Routledge.

Cavalli A., Galland O. (dir) (1993), *L'allongement de la jeunesse*, Poitiers, Actes Sud.

Chambaz C. (2000), «Les jeunes adultes en Europe», *Etudes et Résultats*, Publications de la DREES, n.90.

Esping-Andersen G. (1999), *Les trois mondes de l'Etat-providence. Essai sur le capitalisme moderne*, Paris, PUF.

Gaviria S. (2005), *Quitter ses parents. Une comparaison franco-espagnole*, PUR, Coll. Le Sens social.

Hammer T. (dir.) (2003), *Youth Unemployment and Social Exclusion in Europe. A comparative Study*, Bristol, The Policy Press.

Iacovu M. (1998), «Young People in Europe : Two Models of Household Formation», *Working Paper, Institute for Social and Economic Research*, University of Essex.

Lagrée J-C (1996), «Cultural Patterns of Transition of Youth», *Berkeley Journal of Sociology*, 41-7, pp.67-101.

Schizzerotto A., Lucchini M. (2004), «Transitions to Adulthood during the Twentieth Century. A Comparative Analysis of Great Britain, Italy and Sweden», *Paper : Changequal's Third Conference*, Paris.

Van de Velde C. (2004), *Devenir adulte. Sociologie comparée de la jeunesse en Europe*, Thèse de doctorat, Institut d'Etudes Politiques de Paris.